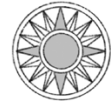


I. LA FASCINACIÓN DEL ORO Y LA FUENTE DE LA VIDA



Si el hombre-artista y el hombre-agricultor tienen una extensa prehistoria y una prolongada historia, es seguro que el hombre-explorador cuenta con una antigüedad aún mayor. Su antigüedad alcanza incluso más allá, mucho más allá, de su verdadera humanidad, hasta los lejanos vagabundeos del común ancestro simiesco que engendró a seres casi humanos tan distintos como el Hombre de Pekín, en China, el Pithecanthropus de Java o el hombre de prominente mandíbula de Heidelberg en Alemania. La exploración se encuentra entre los impulsos más antiguos del hombre, y no es obligatorio dar por hecho que, incluso en los días prehumanos de la humanidad, la exploración tenía como objetivo único encontrar mejores alimentos o refugios más agradables. La curiosidad fue un impulso constante, aunque solo fuera esa curiosidad espasmódica y dispersa que los hombres modernos estudian hoy en las mone-rías de las jaulas de los simios. Más allá de este bosque, más allá de esas montañas, los impulsaba un turbio y dudoso razonamiento: podría haber algo nuevo.

Hace veinte o treinta mil años, las grandes barreras de hielo de la Cuarta Era Glacial empezaron a derrumbarse en la mitad septentrional del Viejo Mundo. El hielo se retiró de Europa y Asia, dejando en las grandes llanuras rusas abundantes zonas pantanosas que rezumaban agua, rompiendo ese cerco de montañas y

nieve en el que es posible que el hombre (protegido en ese refugio seguro frente a los rigores glaciares) alcanzara su verdadera humanidad.¹ Era la primavera del mundo y diferentes grupos de hombres emprendieron lentos peregrinajes, milenio tras milenio, hacia los territorios definitivos donde se forjaría la diferenciación racial. Aquellos primeros aventureros que dieron la espalda a otros congéneres y partieron para fundar las distintas razas de la humanidad probablemente eran seres de tamaño mediano, morenos, indefinidos. Ni la palidez descolorida de los blancos, ni el pelo rizado y la cara achatada de los negros, ni la amarillez y los ojos rasgados de los mongoles podían distinguirse en ese periodo. Tanto el clima como las mutaciones iban a desempeñar su papel a la hora de generar esos cambios que ahora nos resultan tan evidentes. El hombre, tras sus primeras exploraciones, alumbraría todos los orgullos raciales y los prejuicios arraigados del hombre moderno.

Aquel hombre primitivo parece haberse aproximado bastante al «hombre natural» de Rousseau y los enciclopedistas; de hecho, el «hombre natural» de Rousseau no era la fantasía ocasional de un sabio soñador (como se ha creído tantas veces), sino una personificación de las cualidades de los últimos grupos supervivientes de hombres primitivos descubiertos por la Europa civilizada: las tribus primitivas de América. No tenían cultura, ni casa, ni dios; no tenían demonios, ni clases, ni agricultura, ni ropa, ni animales domésticos. Ese «hombre natural» no era más que un animal,

¹ Debe entenderse que este clásico de la literatura de exploración se publicó por vez primera en 1934. Desde entonces, los conocimientos antropológicos, geográficos y científicos han avanzado considerablemente. Por ejemplo, hoy se admite, en general, que el hombre moderno nace en África y se expande en oleadas hacia Asia y Europa desde hace unos 150 000 años. Los neandertales, una subespecie extinta del género *Homo*, ocuparon Europa desde hace 400 000 años y se extinguieron probablemente hace solo unos 40 000 años. Otra certeza de la antropología actual es que la humanidad no tiene razas y que el color de la piel o mínimas diferencias aspectuales no son biológicamente relevantes y no constituyen razas. (*N. del T., como todas las demás*).

y no era una rareza en el planeta que fuera un animal que utilizaba herramientas. A juzgar por las pruebas que han dejado los escasos grupos primitivos que han sobrevivido hasta nuestros días en tal o cual rincón del mundo, en términos generales, era un animal feliz y amable, que se divertía con frecuencia, que cantaba y cazaba, que no andaba preocupado por temores extraños, ni angustiado por ridículas esperanzas. La Edad de Oro fue durante mucho tiempo una realidad en nuestro planeta: los primeros exploradores que se dirigieron al oeste, hacia Europa, al este, hacia China, al sur, hacia África, eran de la misma materia de la que están hechos los sueños melancólicos de los poetas en las ciudades de la civilización unos veinte mil años largos después.

En Europa, el hombre de Cro-Magnard [Cro-Magnon, cromañón] y el hombre magdalenense cazaron caballos y bisontes durante milenios, pintaron las cuevas, vivieron vidas felices o peligrosas, generación tras generación, lo que supuso un gran florecimiento artístico del espíritu humano en un mundo que se recuperaba poco a poco de los rigores de la Edad de Hielo. En el sur y en torno al Mediterráneo había pueblos de características y culturas semejantes: sus pinturas rupestres asombran al viajero moderno en las torrenteras ya secas del Sáhara. Poco a poco, se fue imponiendo un periodo de sequía. Lentamente, el húmedo y boscoso Sáhara se fue tornando árido e inhóspito. Los ungulados y los carnívoros migraron hacia el este por las costas mediterráneas cuando se produjo esa disminución de la masa forestal del norte de África. Con ellos se fueron también las tribus de los hombres primitivos, cazadores y pescadores. Y así fue como llegaron a las riberas del bajo Nilo.

El Nilo resistió el proceso de desertificación. Año tras año, ese río con peculiares oscilaciones de caudal, arrastraba las cálidas aguas ecuatoriales para fertilizar las semillas de las plantas que crecían en su ribera. La cebada silvestre crecía en esas orillas en grandes campos naturales, brotaba y reverdecía, maduraba y

caía a la tierra para volver a renacer, con toda seguridad y certeza, un día fijo e inalterable, con la crecida del año siguiente. Fue un proceso que quedó profundamente grabado en la mente de los pueblos primitivos que habían llegado como cazadores a la región; en ningún otro lugar podría haber quedado grabado con tanta claridad. Esas tribus descubrieron que la cebada era una comida fácil y succulenta. Y al final, uno de ellos, mucho más adelante deificado como Osiris, el primer rey hortelano, se sintió impulsado a favorecer y aprovechar los cambiantes caudales del río, a excavar un canal para ampliar la franja de tierra que pudiera fertilizar el río, y a inaugurar el primer proyecto agrícola en regiones fluviales.

Así, de repente, el hombre se convirtió en agricultor, almacenó el excedente de semillas para la siembra de la siguiente crecida, e inventó la arquitectura al construir silos para el almacenamiento, creando aldeas y luego pueblos y luego civilizaciones, dada la necesidad de tener que realizar todas esas operaciones en comunidad. Así surgieron las clases en el mundo, con la diferenciación de los hombres en reyes (los que controlaban las aguas), sacerdotes (los seguidores, cortesanos e intérpretes de los reyes) y la plebe (los trabajadores en la siembra y la cosecha). En unos pocos cientos de años surgió en nuestro planeta —y, en ese momento, en ninguna otra parte más que en la cuenca del Nilo— la civilización: no evolucionó lentamente a partir de la barbarie, como la barbarie a su vez —según se supuso antaño— surgió del salvajismo, sino que fue una transición directa desde la vida nómada y libre del «hombre natural».

Ahora bien, aunque el «hombre natural» no tuviera ni dioses ni demonios, como todos los demás animales, siempre procuró huir de la muerte, y había llegado a la conclusión de que la causa de la muerte era la pérdida de sangre, y que la sangre misma, de hecho, era la Vida. En consecuencia, mucho antes de que llegara la civilización, en diversas partes del mundo ya se tenía un enorme aprecio a objetos y materiales del color de la sangre, como la cornalina roja

y otras piedras semejantes. También se apreciaban las caracolas de cauri, que se utilizaban como amuletos por su aspecto parecido al órgano generador de Vida y sus evidentes similitudes formales con el portal de nacimiento de los mamíferos. También se comerciaba ya con esos objetos en amplias zonas y se valoraban enormemente.

Con el advenimiento de la civilización, con el surgimiento súbito de los dioses y el estudio de la muerte y la descomposición, la búsqueda de productos vivificadores se intensificó y también se diversificó. Lo verde se consideró entonces como fuente de vida —cualquier objeto verde—, por su parecido con la revitalizante espiga. El jade y la malaquita se buscaron y se valoraron de acuerdo con estas ideas. Y lo mismo ocurrió con el oro: el color del sol, que calienta y hace fructificar las cosechas, y es el gran Generador de Vida. Con el excedente de la energía y la población que generó la agricultura, los antiguos reyes del Nilo enviaron a sus héroes y marineros a lugares cercanos y lejanos en busca de aquellas cosas que parecían muy necesarias.

Así se emprendió de nuevo la exploración del mundo: una exploración que no se destinó originalmente al comercio ni a la conquista, o al saqueo de tierras más ricas, sino a la búsqueda de amuletos contra la muerte y la desgracia, a la búsqueda de metales preciosos que pudieran asegurar a sus portadores una vida larga y saludable, y una inmortalidad terrenal, así como la residencia en una eternidad feliz con placeres bastante terrenales.



El impulso de esta búsqueda irracional de irracionales fuentes de vida expandió la civilización por todo el mundo antiguo. Los mineros, exploradores y potentados de Egipto llevaron la agricultura,

sus desgracias y sus alegrías a Sumeria, a Siria o a Creta. Allí, los grupos primitivos autóctonos aprendieron la teoría y la práctica del cultivo y, a su vez, levantaron altares a dioses extraños, erigieron civilizaciones particulares y —como sus mentores egipcios— emprendieron viajes al exterior y a tierras desconocidas en busca de oro, perlas, jade y ámbar. Sumeria llevó las semillas de la civilización a la India, donde se fundó Mohenjo-Daro [siglo XXVI a. C.] y otras joyas hermanas en Asia Central y, desde allí, injertó el árbol de la civilización china. Y otro tanto ocurrió con Creta, que civilizó la cuenca mediterránea y las tierras griegas, penetrando hasta territorios lejanos como España y las islas británicas. La civilización engendró la primera exploración consciente, una exploración que a su vez engendró las grandes, diversas y dispares culturas del mundo antiguo.

Pero, poco a poco, la parte irracional de la búsqueda fue menguando. El oro empezó a apreciarse no como un metal mágico, una mística Fuente de Vida, sino que (debido a su escasez) empezó a adquirir valor propio y superior sobre otros productos, como medio de intercambio y, en consecuencia, como representación de riqueza social. En cierta medida, esto fue producto de una simple transmutación de la idea original del oro, una transmutación que aún tiene al mundo esclavizado. Pero tuvo consecuencias concretas y decisivas. El elemento fantástico de la búsqueda y la exploración se olvidó o, como lo entendieron los poetas de las civilizaciones griega y romana posteriores, la Edad de Plata que había sucedido a la Edad de Oro también se extinguió a su vez, para ser sustituida después por una Edad de Hierro de la explotación y la conquista brutal, la época en la que surgieron los grandes ejércitos guerreros de Asiria y las sangrientas incursiones de los primitivos griegos y celtas en Europa. Y al igual que el valor del oro se modificó en la mente de los hombres, su importancia y su apremiante atractivo particular también quedó en suspenso, al menos en cierta medida. Sargón de Acadia [rey de Mesopotamia en el tercer milenio a. C.]

buscaba más territorio que metales; quería someter a los pueblos y conseguir tierras de cereal. Y lo mismo ocurrió con Alejandro Magno, y con la mayoría de los grandes conquistadores medievales.

Las civilizaciones mesopotámica y mediterránea alentaban a sus mercaderes a comerciar con pueblos lejanos, de modo que a finales del último milenio a. C. ya tenían un conocimiento bastante preciso de cómo eran muchos territorios fuera del alcance de su propio dominio político. Piteas, un comerciante griego de Massalia [Marsella], había recorrido las costas de España, había circunnavegado la isla de Gran Bretaña y había viajado hasta la remota Thule (quizás Islandia, pero es más probable que fuera Noruega). El griego Alejandro (el mercader, no el rey) había costeado el sur de Asia hasta la lejana Hanoi. La costa oriental de África se había explorado sin duda hasta Dar-es-Salaam, y quizás más allá, porque Heródoto cuenta una historia de una expedición enviada por el faraón egipcio Neco II que circunnavegó África, cosa que le llevó varios años, siguiendo las costas, desembarcando en algunos lugares y estableciendo plantaciones, esperando las cosechas, y avanzando hasta que al final llegaron a las Columnas de Hércules y por fin al Mediterráneo. Al menos dos de esos tres grandes viajes fueron prioritariamente comerciales, colonizadores o de conquista.

La expedición de Neco es tal vez la excepción. Ello nos lleva a considerar otras excepciones de las que apenas si se tiene recuerdo. En el 500 a. C., Himilcón el Cartaginés recorrió la costa occidental de Europa, quizás llegó a ver Irlanda, y luego se adentró mucho en el Atlántico, llegando hasta el mar de los Sargazos, según creen algunos. Difícilmente podría haber hecho eso si hubiera ido en busca de un botín concreto. En la larga y monótona lista de registros históricos surgen aquí y allá otros proyectos que llaman la atención: son intentos inexplicables de alcanzar tal o cual punto cardinal desde el punto de vista de la nueva orientación comercial de la exploración.

Para explicar estas aventuras es necesario volver la mirada de nuevo a aquellos comienzos de todas las civilizaciones en el Valle del Nilo. Como hemos visto, el primer dios fue el rey de las aguas y las cosechas. Cuando moría, ese rey de las canalizaciones y el riego sobrevivía en su sucesor, y también —según la nebulosa metafísica teológica de aquellos días— sobrevivía individual y personalmente en tierras remotas del Sol. Porque el rey era Hijo del Sol y su carne no se corrompía.

Y así fue como surgió la idea de la inmortalidad, un juego dialéctico de pensamientos y suposiciones sobre acontecimientos muy prosaicos. Reunidos por vez primera en aldeas, los hombres ya no dejaban que los cadáveres se descompusieran allí donde caían, como hacían sus ancestros. Cargaban con los cuerpos desde los pueblos hasta las remotas y arenosas orillas occidentales del Nilo y los sepultaban en hoyos: sobre reyes, villanos o sacerdotes muertos, amontonaban la arena del desierto.

Pero era un lugar de enterramiento muy peculiar. Las ardientes arenas egipcias no descomponían los cuerpos, como ocurre en los enterramientos de cualquier otro lugar. Bien al contrario, los preservaban de una manera extraordinaria. Los estupefactos egipcios que llevaban allí a sus muertos observaban que los hambrientos chacales rondaban el lugar y mordían los cadáveres y a veces los devoraban. Esto era bastante comprensible, pero no lo era la conservación de los cadáveres: los cazadores estaban acostumbrados a ver la descomposición provocada por la muerte. Los egipcios muertos eran casi iguales que cuando estaban vivos, apenas parecían muertos; era como si estuvieran durmiendo, como si estuvieran esperando una nueva vida...

Para asegurarse de que se iba a conseguir esa nueva vida, esa vida mística en una tierra sin nombre, se introdujo la momificación y la construcción de tumbas, y la costumbre se expandió por todas partes siguiendo las huellas de la civilización arcaica. Con esa difusión —a Europa, a Asia, a lugares remotos de África—,

se expandieron los mitos que acompañaban las prácticas funerarias, y la leyenda de una tierra mítica en Occidente (en su origen, la orilla occidental del Nilo) donde los muertos bienaventurados gozaban de una nueva vida, libres e inmortales.

... en la isla y el valle de Avalon,
donde no cae el granizo, ni la lluvia, ni la nieve,
ni siquiera el viento hace ruido al soplar.²

La idea y la creencia arraigaron y se convirtieron en teología, en folclore, con la forma del Jardín de las Hespérides, las Islas Afortunadas, el Valhalla, Wineland o el Dorado. Y no se consideraba como una tierra lejana, en el cielo; no se correspondía exactamente con el Cielo o el Hades de otras mitologías, sino con un paraíso terrestre muy concreto. En general su dirección señalaba el oeste. A medida que aumentaban los conocimientos geográficos, los viajeros se adentraban cada vez más y con mayor rapidez en el Atlántico. A veces, aunque con menos frecuencia, esos conocimientos se vinculaban con el este, con las leyendas que llegaban a Europa hablando de las mágicas Islas de las Especias, inextricablemente confundidas con las míticas Islas Afortunadas, aunque en realidad no eran más que las Indias Orientales.

Así pues, una vez más, el elemento irracional entraba de lleno en la exploración: era la búsqueda de una tierra basada en una geografía fabulosa, una tierra donde encontrar la juventud, la fortuna y el oro.



² *Idylls of the King*, Alfred L. Tennyson.

Para los hombres, nacidos de la pobre arcilla, que siempre andaban preocupados por la comida y por la reproducción y por la crianza de los hijos, que dormitaban junto al fuego de las chimeneas, bostezaban aburridos en los largos días de verano y adoraban con benevolente incomprensión a sus dioses incomprensibles, para ellos, la búsqueda de las Islas Afortunadas nunca fue en sí misma, ni en ninguna época, un impulso apasionado. Como mucho, fue el motivo fundamental de unos cuantos exploradores peculiares y muchos hombres que vivieron sus viajes marinos hacia lejanas tierras entre la esperanza, el temor y una vaga incertidumbre. En la Antigüedad, un hombre emprendía una nueva ruta comercial con la esperanza —una remota ambición— de encontrar la Tierra Dorada de la Eterna Juventud. Si fracasaba, de camino al menos podía llenarse el bolsillo con buenos tesoros de carácter terrenal.

El origen de esa fe y esa búsqueda, como hemos visto, fue una interpretación fantasiosa y equivocada de la acción de la naturaleza en lo relativo a los enterramientos humanos. Pero al expandirse por el Mediterráneo y por toda Europa, y al entrelazarse con nuevos subproductos de la imaginación religiosa y teológica, adquirió más solidez y fundamentos míticos. Esas creencias se construyeron sobre difusos recuerdos de un mundo que pudo haber sido antaño: el mundo del hombre primitivo que —aunque disfrutaran de los frutos de la civilización— miraba atrás lamentándose de la pérdida de una Edad de Oro, cuando el gran rey Cronos reinaba en los cielos y Zeus, el usurpador belicoso, aún no había aparecido. Aquel mundo antiguo —eso sugerían los turbios sueños y visiones de los poetas— aún podía sobrevivir en algún lado... quizás más allá de la puesta de sol...

Los siglos IV y V de la era cristiana conocieron la caída del Imperio romano. Europa se sumió en una anarquía política y cultural. El comercio languideció, y también lo hizo la imaginación. La exploración, como motivo o deseo, desapareció de la escena europea. Poco a poco se difundió por Europa una versión peculiar

del cristianismo, adornada con muchas ideas raras de religiones más antiguas. Poco a poco, los reinos y principados de la Edad Media fueron adquiriendo una forma más o menos sólida. Poco a poco, las clases comerciales, exploradoras y científicas fueron cobrando importancia: era la clase media. Los hombres leían a los antiguos en sus horas de ocio, un placer recién descubierto, especulaban en los monasterios y en los grandes gremios ciudadanos, y llevaron las semillas de todas esas especulaciones desde el Mediterráneo hasta el Báltico. Las poblaciones crecen a un ritmo considerable; en las regiones agrícolas menos favorecidas, la presión demográfica fue la causa fundamental de movimientos poblacionales constantes: fueron las invasiones y las colonizaciones del primer milenio cristiano. Esa expansión demográfica estuvo en el origen de las cruzadas, aunque en este libro no se tratará este aspecto de los viajes de descubrimiento. Pero en su seno también radicaba el impulso de encontrar nuevas modalidades comerciales: engendró la larga estirpe de viajeros que iban a conquistar la tierra.

Y, en la amalgama de razones que han impulsado a los exploradores europeos a recorrer el planeta desde el primer milenio —deseo de riquezas, fama, emociones—, la búsqueda de las Islas Afortunadas, a veces deliberada, a veces ocasional, ha moldeado innumerables vidas, viajes y odiseas. Hasta el comienzo del presente siglo xx, uno puede trazar esa búsqueda como una fina veta de oro falso en todo el tejido gris de la aventura geográfica. Y en las vidas de al menos nueve de los grandes conquistadores representativos de la historia, su influencia fue predominante, y de ellos trata esta crónica.

Fue una búsqueda curiosamente turbia y —en el caso del último de esos nueve— transmutada. Aunque Leif Erikson y Fridtjof Nansen estuvieron separados por nueve siglos, ambos buscaron lo inalcanzable. Lo hicieron asignando a su búsqueda nombres y disfraces, pero en esencia era lo mismo. Solo Marco Polo pertenece

a esta historia, no tanto por la influencia de esa búsqueda en su vida como por la influencia de su vida en la búsqueda de ese objetivo. Colón y Cabeza de Vaca persiguieron las Islas Afortunadas, sin ocultar su intención y sin avergonzarse de ello. La búsqueda de Magallanes fue un tanto más oscura y fría: sus Islas Afortunadas fueron las islas del clavo y la nuez moscada, pero el impulso por alcanzarlas provenía del ejemplo de Colón. Vitus Bering, poco a poco y a veces con reticencias, buscó las mismas tierras esquivas en medio de las nieblas del Pacífico Norte. Mungo Park lo persiguió tierra adentro, con una firme y serena determinación, hasta su destino fatal a orillas de un río desconocido. Richard Francis Burton (que se habría reído a carcajadas y se habría burlado de semejante imputación) buscó esas tierras dudosas en Harar [Somalia], en Arabia, en las fuentes del Nilo. Y Nansen también lo buscó, disfrazándolo de «conocimiento geográfico y matemático», cuando se dirigió al Polo más lejano.

El tema de este libro es cómo esa búsqueda se entretejió en sus vidas, en sus ideas y en sus actos, y cómo se reconoció, se repudió, se rechazó, y aun así fue el principal objetivo de esos nueve hombres; este libro trata de cómo la ansiada Isla de la Juventud en ocasiones adoptó formas extrañas, parecidas a la Ciudad de Dios, a un refugio mental para individuos inadaptados, o al reino de la sabiduría absoluta.

En todas sus facetas, desde una isla concreta, en un mar concreto, a un aspecto concreto del pensamiento humano, ese lugar permaneció y sigue siendo *terra incognita*, la Tierra Desconocida, y se puede decir verdaderamente que las vidas de esos nueve hombres, todos los cuales fueron grandes y exitosos exploradores, son en cierta medida epopeyas trágicas. Igual que lo son todas las vidas humanas. Pero la tragedia, en sí misma, no forma parte de la creencia en las felices Islas Afortunadas que dominó las vidas de esos nueve hombres que, en realidad, fueron los representantes de tantos hombres: la búsqueda era también el deseo de una

fama tan gloriosa y deslumbrante que no se podía ignorar. Leif, en Brattahlíð; Burton en Adén; Mungo Park en Peebles; Bering destrozado en el Yeniséi; Magallanes, contemplando el oriente desde Goa...

Estuviera en el banquete o en el combate,
él solo oía el bramido del mar sin nombre
golpeando una isla aún no descubierta.³

³ *The Ballad of the White Horse*, G. K. Chesterton.